

La elección de carrera(*)

SUMARIO: 1. Introducción. — 2. Los hechos. — 3. Una trayectoria psicológica. — 4. Las causas. — 5. Ligereza. — 6. Mapa falso. — 7. Preocupación y buena voluntad. — 8. Procedimiento del «ojo clínico». 9. El «gnosograma». — 10. La «información administrativa». — 11. La «información profesional». — 12. La psicometría. — 13. Hacia un método adecuado. — 14. El «interés vital». — 15. Otros factores en la Orientación Profesional. — 16. La aptitud. — 17. ¿Qué hacer, en la práctica? — 18. La prospección psicológica personal. — 19. Enfoque providencialista de la vocación profesional. — 20. Sentido social de la vocación. — 21. Pasos de la auto-decisión. — 22. Palabras finales.

1. Agradezco de veras al P. Roig Gironella su bondad, en la presentación que de mí acaba de hacer. Por mi parte, con toda sencillez, voy a plantear a ustedes el problema en que me encuentro ahora: La disyuntiva entre este «Sumario» de la conferencia, muy ingenuo (unos cuantos temas, cada uno de los cuales es una tentación de conferencia separada), y, por otra parte, este pequeño reloj que nos cuenta los minutos sin regalar ninguno. Entre este «Sumario» y este reloj, la benevolencia de ustedes y mi pobre buena voluntad. Todo un problema. Vamos, pues, a resolverlo como mejor sepamos con la ayuda de Dios.

Daremos un panorama, nada más que un panorama, casi una síntesis, de este problema de la Orientación Profesional o elección de carrera.

2. Y para situarnos desde el principio en el terreno de la realidad, que no excluye el ideal pero huye de la utopía, partamos de un *hecho* que, lamentablemente, es un hecho triste, un verdadero «hecho-problema» comprobado hasta la saciedad por las estadísticas, no sólo de España sino de muchos otros países; hecho que es vida y drama en muchas existencias juveniles. Las estadísticas nacionales de estos países señalan el hecho de un *fracaso multitudinario* (se puede hablar de «multitud» cuando

(*) Conferencia pronunciada en el Instituto Filosófico de Balmesiana el día 5 de noviembre de 1955. - Texto magnetofónico.

se rebasa el setenta por ciento de los estudiantes de Universidad); jóvenes que empiezan sus estudios en la Universidad y y no los acaban, en un setenta por ciento. Y ese porcentaje sube cuando se delimita la investigación estadística a ciertas Facultades y a ciertas Escuelas Especiales: quizá el ochenta por ciento; quizá más.

Prescindamos ahora de la estadística, que nos señala unas grandes dimensiones del problema en su sentido cuantitativo; nos bastaría a nosotros saber que un sólo joven *fracasa* en su vida para que este hecho y este problema causara un impacto en nuestra atención y en nuestra preocupación de educadores; tanto más cuanto que en muchos de los que me escuchan este problema es vivo y va a plantearse dentro de unos meses, cara a la Universidad. Lamentablemente no se trata de un sólo joven. Hemos visto que son muchos; por tanto, este hecho no puede solamente causar un impacto en nuestro interés, sino un acuciar ese interés de estudio para desentrañar las soluciones del problema.

3. Vamos a analizar el caso de un joven cualquiera que, pasada la primera euforia de los primeros días de Universidad, se encuentra «fuera de sitio». Prescindamos por ahora de las causas de este hecho; las examinaremos después. Se trata de un *joven, con conciencia de fracaso desde el principio de su vida*. Si fuéramos analizando este enunciado... Un joven (edad de los primeros entusiasmos y las mayores energías), que *se siente fracasado en su vida* (con desorientación y amargura) *desde el principio* (con la trascendencia de todo comienzo de camino)... Muy triste este enunciado, y muy triste la realidad que refleja.

Pero podemos seguir la trayectoria psicológica de este fracasado undiversitario, de esta psicología juvenil en crisis. Primer sentimiento: «estoy descentrado». La antigua ilusión por una carrera que escogí mal, ahora se me convierte en antipatía y quizá en odio, porque fué algo que me engañó, me «alucinó». Los estudios, que yo emprendía con ilusión, son ahora carga pesada; y esto quizá durará muchos años... Consecuencia: de este «estudio a la fuerza» no se puede originar una superación de la mediocridad académica. Malas notas. Después (en la realidad y en la apreciación general) el joven «descentrado» no pasa de eso: de un mediocre.

En contraste con los compañeros de estudios que —suponemos— acertaron en su elección, nuestro joven siente una nueva arista de su situación anómala: El no puede compartir entusiasmos (sentimientos, triunfos académicos) con sus compañeros. El podrá hablar con sus condiscípulos de todo... de todo lo que *no sea* aquello que en este momento de su trayectoria, en esta fase de su preparación para la vida, es, en cierto sentido, lo más importante: su carrera, su futura profesión. Puede ha-

blar de todo lo intrascendente... y no puede hablar de lo más hondo, lo que debería apasionarle, como apasiona a los otros. Y se va encontrando cada vez más solo *por dentro*; y esa soledad interior, «angustia de situación» en el universitario, es quizá la raíz de muchas psicosis juveniles, de muchas neurosis...

Dos finales de camino en esta trayectoria. Primero: Este universitario, *decide* y *puede* cambiar. Segundo: Este joven o *no puede*, o *no se atreve* a cambiar. En el primer caso (decide, y puede cambiar), empieza una segunda carrera. Pero... con un tiempo indudablemente perdido; si quiere recuperarlo, le exigirá doble o triple esfuerzo, según los casos. En segundo lugar, con entusiasmos notoriamente apagados; ya no es ésta la «primera ilusión»... Después, con la conciencia experimental de que «se puede fracasar»; también se podrá errar por segunda vez... Su primera experiencia, le ha hecho abrir los ojos ante la realidad: ve a compañeros que han tenido que cambiar de Facultad hasta dos y tres veces...

En el segundo caso (no quiere o no puede cambiar de carrera, o no se atreve) supongamos que, a duras penas, este joven llega a graduarse. Con esto no se soluciona el problema. Se agrava. Centrémonos —como más frecuente— en el caso del varón: Constituye un nuevo hogar... y entonces el problema que hasta ahora se limitaba a una persona, se multiplica por todos los seres queridos quienes, desde entonces, *dependen* del porvenir profesional del padre, y ese padre, ese jefe de familia, que no superó la mediocridad académica, difícilmente superará la medianía profesional. Esto, ante la competencia de los colegas, se traduce en menores ingresos económicos y en un triste clima de inestabilidad familiar.

Entonces o el profesional se amarga definitivamente, deja su carrera y empieza a trabajar en cualquier otro empleo, y pasa definitivamente a una situación de inestabilidad social, muy peligrosa; o bien emprende un camino que se le ofrece ya, ahora, con los contornos de una tentación. Camino de la *inmoralidad profesional*... tan fácil... Cuesta abajo, cuesta abajo, podemos llegar a un final no sólo triste, sino de consecuencias eternas. Este joven que *empezó mal*, puede jugarse su eternidad, por aquel mal comienzo de camino. A dónde nos ha llevado el análisis de una trayectoria. El análisis de una cosa que no es «meramente posible»...

4. ¿Por qué se fracasa en la Universidad? ¿Por qué ese tránsito de lo colegial a lo post-colegial, que debería ser un paso natural, normal, previsto, seguro, se convierte en un salto mortal? ¿Por qué? Hay dos fuentes de explicación: O este muchacho, o esta señorita, no habían recibido *orientación* en su elección, o bien no estaban *preparados* para afrontar la vida

post-colegial. No sabían su camino, o no sabían el modo de superar ese camino. Dos problemas *distintos* y muy interesantes, de los cuales vamos a escoger el primero, pues no tenemos tiempo para tratar los dos.

5. No saber su camino, estar desorientado. El muchacho plantea el problema de elección a su manera; no tiene obligación de saber toda una teoría psicotécnica y todo un panorama universitario. El está comenzando la vida, y la resuelve como puede, a veces, —y perdónenme los jóvenes—, con una ligereza bastante grande; digo «a veces», porque no es lo más corriente. Lo más corriente es cierta angustia, quizá no manifestada, quizás abierta solamente en confianza con un buen consejero, con un amigo íntimo. Una angustia y un sentimiento de incertidumbre ante la vida que empieza. Pero otras veces, repito, este problema de la elección de carrera se soluciona con una asombrosa ligereza. Hay anécdotas, muchas anécdotas históricas, de las cuales no podemos ocuparnos ahora, pero que parecen increíbles, como la del muchacho que sale de casa decidido a matricularse en Medicina, sube a un autobús, se encuentra a un compañero de colegio, y en el trayecto que media desde su casa a la Facultad, le ha convencido el amigo de que se matricule en Derecho: Se matricula en Derecho. Comprenderán ustedes que esta es una manera irracional de solucionar el problema. No nos atañe a nosotros, pues el estar reunidos aquí es prueba de que medimos su importancia.

6. Otros, se preocupan; van a elegir y eligen sobre *un mapa falso*: un mapa al que faltan datos, o, lo que es peor, tiene datos equivocados: por ejemplo, operan sobre un falso concepto del propio «yo», no *se conocen* a sí mismos (qué aptitudes, qué limitaciones, qué peligros tiene su propio «yo»); un falso mapa de la Universidad y de sus caminos; o bien juegan con fantasías, alucinados por lo que han visto en alguna película, lo que oyen comentar en casa, (del tío Juan, que tuvo un gran éxito como ingeniero de minas; o bien del hermano mayor que ha sacado muy bien la carrera de médico; de papá que ejerce con gusto su profesión de notario...) y el muchacho, llevado de aquí para allá, entusiasmado, atraído por esto, por aquello, elige... como puede.

7. Hasta aquí, lo que suele hacer el joven. Si no sabe más, no está obligado a más. Ahora bien: ¿Qué hacen, qué hacemos los educadores?

Primeramente, debo proclamar aquí en estricta justicia, que en ninguna parte he visto que los educadores dignos de este nombre, carezcan de un interés profundo, de una excelente voluntad por solucionar este problema. No solamente interés, sino

a veces casi obsesión. Siempre encontré las puertas abiertas de todos los Colegios, de todos los Institutos. En todas partes, cuando sabían que alguien trataba de estos temas, llovían las invitaciones. ¿Por qué? Porque todos los educadores tienen la evidencia del problema y la urgencia de su vocación que les impulsa a resolverlo.

Pero esta excelente voluntad educadora, se concreta en *métodos y procedimientos*. Vamos a hacer aquí un ligero esquema de ellos para someterlos a crítica constructiva.

8. Primer método: el método del «ojo clínico», el *método de la intuición*. Hay en el Colegio un Padre, un Hermano, una Religiosa, un profesor seglar, de gran conocimiento del mundo, de gran penetración psicológica, de gran don de consejo, el cual viendo a Fulanito o a Fulanita, dice: «Esta carrera te conviene». Este procedimiento, por demás simplista, es una solución, que cuando no haya otra, quizá se pueda admitir. Pero no podemos defenderlo como suficiente.

Se necesitaría una atención continuada y múltiple, una memoria fidelísima, para recordar todos los datos del muchacho, o de la joven alumna, un poder de síntesis excepcional para reunir y jerarquizar tantas observaciones... Esto es moralmente imposible frente a centenares de alumnos; y además, ello solamente nos daría la realidad exterior (conducta y aptitudes en ejercicio) de la persona que vamos a orientar; lo que llaman el «perfil psicológico exterior». Y cuántas sorpresas, cuántas sorpresas se llevan los psicólogos, al comprobar después, (ya averiguados técnicamente el perfil exterior y el perfil interior), lo que por fuera *aparece* y lo que por dentro sucede. Podría citar casos tremendos...

Es *necesario* un buen consejero. ¿Quién duda de ello? Pero no es *suficiente* una intuición.

9. Entonces vamos a algo que no sea meramente «ojo clínico». Acudamos a *las calificaciones escolares*; vamos a hacer un perfil de notas; señalemos las eficiencias máximas y las mínimas. Después busquemos las carreras que exijan preferentemente aquellas notas, y haremos como una especie de confrontación de datos: de rendimientos académicos en el Colegio y de exigencias profesionales para la Universidad.

Pero confundimos aquí, quizá con muy buena voluntad, «el rendimiento escolar» y la «capacidad». El rendimiento escolar viene expresado por las notas. La capacidad no es el rendimiento escolar. El rendimiento escolar da un valor *relativo* de la aptitud. ¿Qué significa esto? Que a muy buenas notas, (suponiendo que están bien puestos los exámenes, bien hechos y calificados), a muy buenas notas corresponde ciertamente una buena aptitud. Pero a muy malas notas ¿quién ha dicho que corres-

ponda una aptitud deficiente? Sabemos muy bien la influencia de los *factores afectivos*, de antipatía o de simpatía ante un profesor o una profesora, que hacen estudiar o hacen aborrecer su asignatura; sabemos muy bien que hay exámenes bien puestos y mal puestos; sabemos la trascendencia de lagunas anteriores, porque hubo un profesor deficiente y ahora me encuentro con un profesor magnífico, pero aquella laguna del Álgebra me está pesando actualmente en matemáticas superiores...

Por tanto una nota baja no indica una falta de capacidad matemática; por tanto basar la Orientación Profesional en el gnosograma, en el perfil de notas, es procedimiento inadecuado. Es interesantísimo el gnosograma para la dirección de estudios, en primer lugar. Comentando el gnosograma en clima de confianza, entre el muchacho y el director de estudios, señalando las lagunas que hay en el rendimiento escolar, averiguando el «por qué» de tales lagunas, el modo de superarlas, etc., etc., se puede dar una preparación magnífica para la Universidad, en el campo del aprendizaje intelectual. También nos da el gnosograma las aptitudes positivas, como decíamos antes. Pero no es procedimiento definitivo por ser incompleto. Habremos de integrarlo en un método más amplio.

Además de que hay que rechazar (de ello hablaremos más adelante) el falso concepto de carrera como conjunto de asignaturas y de profesión como conjunto de estudios.

10. Hablemos, pues, de profesiones, de carreras. Ilustremos al muchacho acerca de *los caminos profesionales*, para que el *elija*.

Y entonces hay charlas del educador; hay prospectos, folletos, todo un mosaico de datos muy interesantes, en el que se habla de las distintas Facultades; los centros de enseñanza nacionales y extranjeros; cuántos años de estudios exigen; cuántos son los dispendios económicos, que requieren; los requisitos académicos; las posibilidades de ejercicio profesional, los sueldos, etc., etc. Este mosaico de datos se le presenta a un joven, quizá en su último de Bachillerato; y ante él ha de decidirse.

No negamos que sea necesaria la *información*, evidentemente; pero, como método, también es incompleta. Primero, porque entre esos datos falta el principal, que es el «yo». Sin un conocimiento real de las propias aptitudes, posibilidades extrínsecas, limitaciones mías, etc., y rigiéndome por un criterio económico, por una moda, por lo que hacen otros... puedo fracasar *yo*. Además, esto es interesante, porque se prescinde de una muy fundamental distinción: la que existe entre *carrera* y *profesión*. *Carrera* es el conjunto de estudios y prácticas, la «preparación académica» que se requiere *para* un ejercicio profesional; y *profesión* es una «forma de vida». Por no distinguir «carrera» de «profesión» vienen no pocos fracasos, sobre todo en super-

dotados. Hay muchachos intelectualmente superdotados que pueden superar *académicamente* muchas carreras; pero que en el *ejercicio* de esta o la otra profesión se encuentran fuera de sitio: con una serie de matriculas de honor en Medicina, nunca son médicos. Interesa, por tanto, la *profesión*, la forma de vida. No basta la información administrativa académica.

11. Entonces —dando un paso más—, vamos a proponer a los muchachos, cómo es esta forma de vida que se llama profesión. Y viene el procedimiento más generalizado en los colegios, que es ciertamente superación del anterior: Salón de actos, tribuna, orador. Un médico; a la semana siguiente un ingeniero; después será un abogado, un militar... etc. Merece este sistema un estudio más detenido porque es el más generalizado. Es superación del anterior, decimos, *pero* tiene muy graves inconvenientes si se toma de modo exclusivo.

Si el profesional va a hablar sobre un esquema bien preparado; sobre una encuesta que se le ha hecho previamente y no se le deja divagar, como tantas veces ocurre —con la mejor voluntad— (hablar de moral profesional; de meras anécdotas personales; hacer una crítica o un panegírico de la profesión...). Si se evitan estos escollos, tan frecuentes, tales conferencias aportan ese interés colorista, concreto, práctico, insustituible, del hombre que está viviendo una vida y nos habla de ella. Esto no lo dan los libros, ni lo da una psicotecnia; es verdad.

Pero todavía hay que señalar la insuficiencia de este procedimiento. Los autores que escriben obras sobre estas materias hablan de *centenares* de profesiones. Centenares... Aquí tengo, por ejemplo, un dato de León Walter, en su «Orientación Profesional para los Estudios Superiores», uno de tantos libros. Dice que nada menos en 1907 —no ayer ni anteayer—, se mencionaban en las estadísticas alemanas catorce mil denominaciones, referidas a doscientas dieciocho profesiones, clasificadas en veintiseis grupos y seis secciones; de las cuales, profesiones académicas, es decir universitarias, —comprendiendo las especialidades, claro está— se numeraban *setecientas*... ¿Quién soporta setecientas conferencias? Sabiendo que «me sobran *todas menos una*...»? Todas las demás son inútiles, porque a mí me interesa la mía, y soportar todas las conferencias, sabiendo que *una sola* me interesa, es... un poco fuerte ¿no?

Además, este escuchar a *un* hombre, que habla de su especialidad, es algo muy parcial. Este hombre podrá ser un buen orador; podrá estar entusiasmado con su carrera; podrá dar una visión optimista y magnífica de esa profesión, y entonces saldrán una mayoría de los oyentes... *entusiasmados* y *convencidos*; es decir, *no orientados*. ¡No orientados! acerca de su profesión. Habrá una serie de «alucinaciones profesionales»...

Magnífico resultado de un cursillo de... orientación. Y si habla otro señor que tiene menos cualidades oratorias y hace una exposición pobre de su carrera, aparecerán muchas repugnancias ficticias, también «espejismos vocacionales», también desorientaciones.

Hay que aprovechar, ciertamente, la experiencia profesional, sobre todo de hombres eminentes; nos dan algo insustituible, decíamos, pero hay que evitar los peligros positivos de desorientación que hemos señalado.

12. Entonces se buscó una *ciencia* de Orientación Profesional. Se tomó un «metro psicológico», y se empezó a medir. «Midamos al joven; partamos del propio *yo*; ahorrémosle todas las conferencias inútiles...» Y empezaron a medir: Memoria, inteligencia cualificada, capacidad de atención, de síntesis, imaginación verbal, rapidez de cálculo, etc., etc. Se hace un perfil que se llama «psicograma». Por otra parte, técnicos en fisiología estudian las profesiones; hacen una serie de medidas psicotécnicas y establecen el «profesiograma». Perfil de profesión, perfil del individuo: «Vamos a ver»... Se hace un estudio comparativo y se da el diagnóstico.

Aquí ya hay *orientación* profesional, sólida, científica y auténtica; además, se trata de algo esencial. En una orientación profesional científica, no puede prescindirse de la psicometría, no se puede dar orientación profesional solamente con conferencias, hay que estudiar al individuo concreto, hay que conseguir su perfil interior.

Sólo vamos a hacer algunas observaciones prácticas. Cuando este sistema psicométrico se emplea así, en serie, exclusivamente, presenta algunos inconvenientes: En primer lugar, a nadie le gusta ser un «objeto de laboratorio»; eso de ser, aunque sea por mi interés, un poco conejillo de Indias, y que me midan y que se metan dentro de mí, y que empiecen allí a investigar y que quizá... yo no sé, lo que van a averiguar... Esto no es muy agradable; una actitud pasiva en un joven es siempre algo molesto, si toda la orientación consiste en una serie de medidas.

Además —suponiendo que sólo se aplica la psicometría— circunscribimos subjetivamente la investigación, es decir, se van midiendo capacidades intrínsecas, pero no se atienden, quizá, posibles limitaciones extrínsecas familiares, económicas, sociales, etc., etc., y se le puede dar a *este* joven (concreto: nombre y apellidos), con la mejor buena fe, y con un aparato científico, un «magnífico» consejo psicotécnico, por ejemplo, irrealizable; por tanto absolutamente equivocado. Tengo objetivamente, sin yo pensarlo, la crueldad de encender entusiasmos imposibles.

13. ¿Qué hacer entonces...? Teniendo en cuenta, el anterior bosquejo, en un procedimiento adecuado, completo (lo cual no significa complicado ni utópico), se puede dar Orientación Profesional. Procedimiento que será simplificado en lo posible; pero siempre tendrá en cuenta que ha de haber *intuición y consejo*, que ha de atenderse al *gnosograma* y a la dirección de estudios; que ha de procurarse *información administrativa*, viva y práctica; que se aplicarán los procedimientos *psicométricos*... ¿Cómo sintetizar todo esto?

Bosquejemos las líneas de una posible solución. Daremos primero un esquema de solución psicotécnica, sin descender a detalles. Insinuaremos después algunos consejos prácticos para suplir, en lo posible, tal psicotecnia cuando no se puede aplicar.

14. El hecho de que unas personas se sientan *centradas*, «a gusto», en su profesión, es patente; y el hecho de que otras se sientan *descentradas* y a disgusto en su profesión es también de experiencia cotidiana. Esto nos indica que, *antes* de experimentar ese gusto o disgusto, existe en cada individuo una realidad psicológica: una *aspiración predominante*, puesta por Dios, hacia un género de vida. Evidentemente, después, si se realiza esa aspiración, me encontraré a gusto; si no se realiza me encuentro a disgusto. Este llamamiento de Dios es la vocación. Nuestro Señor llama a todos a desempeñar una tarea en el mundo. Su llamamiento es la vocación. Esta aspiración permanece como subconsciente muchas veces y parcialmente se expresa en lo que llamamos *aficiones*, que no son sino inclinaciones afectivas hacia una actividad. Y como un género de vida es un conjunto de actividades que —si son constantes— suelen llamarse *ocupaciones*, aquella aspiración predominante hacia un género de vida, aspiración que, en su conjunto llamamos *Interés Vital*, se hará patente, se hará plástica, se hará evidente si la encuadramos en *ocupaciones*. De ahí que se hable de «Intereses ocupacionales».

Si diagnosticamos, si jerarquizamos y sintetizamos, esos intereses ocupacionales, obtendremos un perfil que será el del Interés Vital. Ya que este concepto de Interés Vital es básico, conviene completarlo. Primero con algunas negaciones: El interés vital *no es la aptitud*, aunque se basa en ella. Nadie goza en algo para lo cual es inepto, totalmente inepto. Quien carece absolutamente de oído musical, nunca gozará tocando un instrumento músico por sencillo que sea; jamás experimentará esta *afición*. Evidente, pero... puede uno desear cierta actividad más allá de lo que permite su aptitud; y entonces hay una *base real* (una pequeña aptitud) y un *deseo* desorbitado: una «alucinación profesional». El Interés Vital —repetimos— no es la aptitud, aunque presupone algo, un mínimo de aptitud.

Tampoco es Inteligencia General, Factor «G», ni «cociente intelectual», ni es Inteligencia Cualificada, (verbal, espacial, abstracta) aunque las suponga en cierto sentido. Tampoco es un Interés Actual o momentáneo, que yo tengo con respecto a una actividad; un entusiasmo de *este* instante. No. Ha de ser una cosa mucho más profunda, mucho más radicada en mi «yo».

Por último, y esto es quizá lo más interesante, el Interés Vital no es necesariamente el Interés Explícito; no es lo que yo *digo* que me gusta; pueden ambos coincidir y puede que no coincidan. Preguntamos a un muchacho: «A tí ¿qué te gusta más?» «¡Medicina!» *Médico*: ese es el interés *declarado*, el Interés Explícito. Ahora bien: ¿Qué panorama interior, qué concepto hay en el muchacho detrás de esa palabra «médico»? ¿qué experiencia vital hay detrás de ese término, de ese enunciado? Quien sabe si unas imágenes de película... a lo mejor una conversación entusiasmada de dos o tres compañeros, o un consejo de casa, («en esa carrera se gana mucho...») A lo mejor recuerda a un pariente que goza y que triunfa en esa profesión... Pero este muchacho ¿sabe cuál es el horario profesional de un médico? ¿cuál es el ambiente en que se desarrolla su ejercicio profesional? ¿qué se respira allí? ¿cómo es un hospital? ¿con qué clase de clientes tiene que tratar un médico?... Porque en la película no aparecían las horas de intenso estudio, ni las noches en vela, ni aparecían enfermos repelentes, y los enfermos suelen ser repelentes... Etcétera, etcétera...

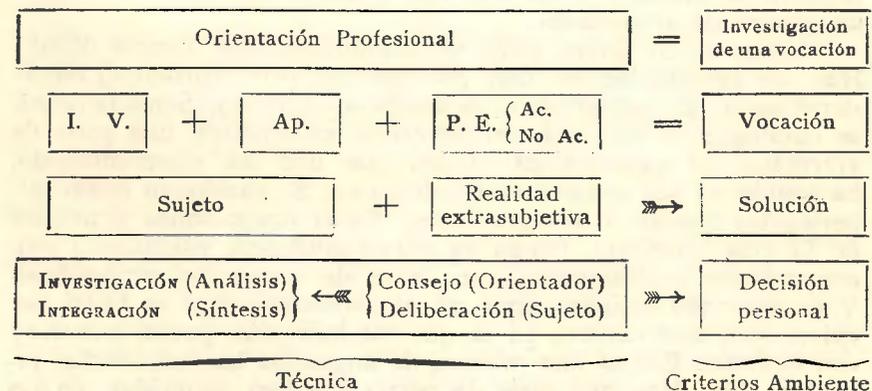
Por lo tanto, detrás de un interés Explícito puede haber una imaginación, una fantasía irreal. Puede darse una perseverancia de años; años en los cuales a una encuesta vocacional un muchacho contesta, «médico, médico, médico...». Y después un educador dice: «Aquí hay una vocación definidísima...»; porque hay una constancia de intereses (ficticios) definidísima! No puede confundirse, pues, el Interés Explícito con el Interés Vital que siempre es una aspiración *real*, más o menos subconsciente, hacia un género de actividades.

Vamos a ver ahora como se diagnostica este Interés Vital: Hay dos procedimientos, uno, psicotécnico, otro (diríamos) empírico-casero. El psicotécnico, es analítico-sintético. Sencillamente, se catalogan de una manera científica, sistemática, una serie de vivencias, de experiencias vitales que uno ha experimentado, ha tenido en sus ocupaciones habituales. Se catalogan como experiencias gratas o desagradables. Estas ocupaciones generales de la vida corriente, tienen su correspondencia psicológica con ocupaciones profesionales, con *áreas* de ocupación profesional. Y es oportuno insinuar aquí, en un paréntesis, que es falso que exista solo *una* carrera en la que tal individuo pueda triunfar; eso es *falso*. Eso es una manera de angustiar las conciencias juveniles. No. Hay una serie de *carreras afines*, parecidas, en las

cuales yo puedo triunfar, y esa serie de carreras afines forman un *área profesional*, y tal área profesional tiene su correspondencia con mis gustos o disgustos de mi vida de ahora. Si yo analizo, si yo discrimino, si hago una catalogación de esos gustos o disgustos; si después veo su correlación con las áreas profesionales, yo tendré ya, *ahora*, sin haber experimentado la profesión y solamente con la experiencia de mi vida, conocimiento de lo que *después* ciertamente me ha de gustar o me ha de disgustar. Y esa es, por ejemplo, la base del Inventario de Glen U. Cleeton empleado en el Paidotécnico del Colegio de Belén, Habana, y que tuve ocasión de adaptar para los jóvenes de Colombia. Me dió precisamente este buen resultado: el poder diagnosticarles, *al principio* su Interés Vital, y situar al muchacho en un área profesional determinada. En tal área, *después*, viene la *información* y todo lo restante.

El procedimiento que hemos llamado «empírico-casero» o sintético; consiste en *comprobar*, de la manera que yo pueda, (enterarse, vivir, hablar, gustar...) el ambiente profesional que a mí me atrae. Veamos, vivamos un poco lo que será mi vida después: méteme yo en un Hospital; acuda a una Audiencia; que yo respire el polvo, y oiga el ruido y vea a los obreros de una fábrica; que suba a una construcción, que hable con ingenieros, etc. Que yo tenga el mayor número de vivencias que pueda, respecto de esa profesión. Quizá se me apaguen los entusiasmos; quizá se me abran horizontes magníficos y se me avive ese entusiasmo, y yo reconozca que ese interés en germen era mi verdadero Interés Vital.

15. Para tener una visión de conjunto, respecto al proceso de una Orientación Profesional, vamos a escribir primero en la pizarra una pequeña fórmula de lo que es la Orientación Profesional, que resuma sus diferentes aspectos esenciales:



La Orientación Profesional no es más que la investigación científica de una vocación personal. Partimos para ello, hemos dicho, del Interés Vital (I. V.); a esto se ha de añadir el estudio de la Aptitud (Ap.). La Aptitud podrá ser mayor o menor —cuantitativamente— y tendrá matices cualitativos que después ayudarán, por ejemplo, en la elección de especialidad. Pero hemos de investigar después las Posibilidades Extrínsecas (P. E.) que tiene el muchacho; posibilidades extrínsecas que serán Académicas (Ac.) (posibilidades de *estudiar* tal cosa *aquí*, por existir Centro de Estudios adecuado, etc.) o bien no-académica (No Ac.) (económicas, familiares...). Todo ello, integrado científicamente, señalará la vocación.

Resumiendo, hay dos datos fundamentales: La investigación de un Sujeto, y la investigación de una Realidad Extra-Subjetiva. El resultado de conjugar rectamente los dos datos, corresponde a la Vocación que buscamos.

¿Cómo se realiza esto? Primero *investigando*, por un análisis: análisis de datos. Después *integrando*: síntesis de esos datos. Ello se realiza por medio de *dos actividades paralelas*, una de *Orientación*, de consejo, en el Orientador Profesional; otra intransferible, que no se puede delegar en papá ni en mamá, ni siquiera en el director espiritual, sino que es *propia* y de la cual somos responsables delante de Dios: que es la *Deliberación*; propia del sujeto, del orientado. La solución será, al fin, una *Decisión* fruto de tal deliberación. Esta decisión requiere la aplicación de unos *Criterios* en un *Ambiente* adecuado.

16. La aptitud (damos un esquema brevísimo de sus componentes psicotécnicos) tiene una base biosomática expresada en la *Ficha Médica*, que nos muestra las contraindicaciones o las posibilidades fisiológicas frente determinadas profesiones. Se añade más tarde una *Ficha Temperamental* o Caracterológica según la terminología y la tipología que se adopte; un diagnóstico de la *Inteligencia* (general y cualificada); también otro de *Aptitudes Especiales*. Se incluye el *Gnosograma*, el *Perfil Exterior* o Informe Extrospectivo que dan distintos educadores con permiso del orientado. Y, por último, el «*Diagnóstico prospectivo*».

La «prospección» es una realidad psicológica de veras interesante. La palabra viene del verbo «prospiceo». Se trata de «la manera de ver la vida»; el modo de catalogar las realidades vitales y de valorar esas realidades. Puede influir grandemente, en la elección profesional, un desequilibrio de valores fundamentales. Alguien que sobrevalore lo económico sobre lo social, sobre lo religioso, tiene un desequilibrio de valores tal, que puede anular psicotécnicamente su elección. Interesa mucho, por tanto, diagnosticar esa escala personal de valores o prospección.

17. Pasemos finalmente a lo que ustedes y yo podemos hacer *ahora*, dado que aquí no podemos (este año por lo menos) organizar un curso de Orientación Profesional, a fondo, que nos llevaría lo menos de doce a quince sesiones y además exigiría la aplicación de material psicotécnico, etc.

18. Primero tengo que *analizar mi prospección*; esa prospección que puede anular todo mi trabajo posterior. Es decir, tengo que hacer una revisión de criterios. Los criterios (enfoque y valoración de los hechos) dependen del «punto de vista». Es muy distinto el enfoque y la valoración que a una pluma estilográfica da un salvaje de la Polinesia, y la que le da un ciudadano de Barcelona. Es muy diferente el valor que da al dinero un materialista, cuya única aspiración es gozar *aquí y ahora*; de la valoración y conexión del dinero con otros valores humanos, que le da un cristiano, quién sabe que el «aquí» y el «ahora» son preparación de un «más allá». Es muy distinto. Por tanto debemos partir de *criterios cristianos*, los cuales nos hacen ver y valorar las cosas «desde el punto de vista de Dios». Y como Dios es la Verdad, apartarse de su punto de vista es entrar en el reino de la mentira. Apartarse del punto de vista de Dios, es cometer el peor y el más absurdo engaño: es engañarse a sí mismo. Esto es pura lógica; lógica de la Fe. Vamos a enumerar sólo algunos de esos criterios básicos, para que ustedes, después, mediten, apliquen, organicen su vida y preparen su propia Orientación Profesional.

19. Primer criterio (brevísimamente: no vamos a hacer una meditación sino a recordar y actualizar hechos que ya sabemos) *hay un Dios*, que es Dueño y es Padre. Si es Dueño, puede disponer de mi vida; y dispondrá, como los padres, *por amor*. Ese Padre, —segundo hecho—, es *providente*: desde toda la eternidad soñó conmigo, se entusiasmó conmigo, y pensó en una senda mía particular, por la cual yo sería feliz y le daría gloria a El. Y como Dios es Amor, *quiso* (tercer hecho) que yo siguiera ese camino mío y me preparó para él; ese querer de Dios, norte de mi camino, se llama *Vocación*. ¿Y si yo no la sigo? Si no la sigo... el cuadro general de la Creación, tan hermoso, quedará incompleto por mi culpa. Yo ciertamente, seré menos feliz. No quiere decir esto que por ello ponga yo en juego mi salvación eterna. Puede ser que sí; puede ser que no...

El problema, pues, de mi vocación, esto es interesante, no es una angustia solitaria, mía, fría, sino que es *algo entre dos*, mi Padre Dios y yo. Luego hemos de entendernos los dos. Para entendernos... *quitar obstáculos*: Aquí viene aquello de «hacer las paces» si algo nos separa; aquello de «pedirle luz» por medio de la oración y... de trabajar. Trabajar primero, esforzarse

primero por adquirir la «perspectiva de Dios», pedirle ver las cosas como El las ve...

20. Y El nos dirá, entre otras cosas, que se quiso llamar Padre Nuestro; que atiende a la vez a todos sus hijos y que El nos ve a todos como a hermanos, cosa que solemos prácticamente echar en olvido, no pocas veces, en la Orientación Profesional. Por esta visión paternal de sus hijos, da a cada uno, en su vocación, un *profundo sentido de hermandad*. La vocación se me convierte entonces en un *servicio* (de hermandad, a los hermanos, a los otros hombres) tarea de *hacer el bien*; de prolongar la obra de Jesucristo. Si yo no enfoco así mi vida, la lleno de mentira, yo podré cubrir etapas académicas, ganar dinero, ganar fama, prestigio social... pero serán etapas *fuera de camino*, «extra viam»; extraviadas. Y cuando llegue el último examen que será sobre el amor, cuando todo se reduzca al amor, *amor de Dios y amor del prójimo*, si no ante Jesucristo me presento con un absorbente *amor de mí*, con una preocupación exclusiva de mi propia vida... A las palabras de Jesús: «Yo estaba enfermo, y estaba encarcelado, y estaba triste. Y tenía hambre y tenía sed...» nuestra respuesta será: «Pues... cuando Tú sufrías, tenías hambre y sed, soledad y pena... yo... me ocupé *de mí*. Sólo de mí.» ¡Qué situación ante Jesucristo Juez!

Si, por el contrario, vivimos cristianamente nuestra profesión, habrá *dicha terrena*, actual, en nuestra vida; y ese gozo será, sobre todo, un preludio de *dicha eterna*; como realización de una vocación de amor.

21. La vocación (y también la pesquisa de esa vocación) tiene algo de crucigrama, de adivinanza inteligente; pero no tiene nada de ruleta, de suerte loca. Se puede investigar y se debe investigar. Hay que dar los siguientes pasos:

- | | | | |
|----|-------------|----|------------|
| 1º | Conocerse. | 4º | Deliberar. |
| 2º | Informarse. | 5º | Decidirse. |
| 3º | Consultar. | | |

Conocerse: conocerse es hacer un sereno y valiente inventario de sí mismo; y eso lo podemos hacer. No será científico; no podré yo averiguar los tantos por ciento y dibujar un perfil psicográfico, no importa. Puede ser que en algún caso especial interese: para eso está entonces el barcelonés Instituto Psicotécnico, (Escuela Industrial), o el Laboratorio Psicotécnico de la O. C. P. D. Pero por regla general, no será imprescindible, necesario. Tengo muchos datos sobre mí mismo, aunque quizá un poco embrollados. Los escribiré detalladamente: virtudes, defectos, (naturales y sobrenaturales); que otros me digan cómo me ven por fuera; anotaré mis posibilidades; mis deficiencias; las lagunas de mi formación y los aciertos y los positivos va-

lores («en qué estoy mejor» y «en qué estoy peor» y por qué) mis aciertos o deficiencias en el trato social, en los medios de expresión, literarios, oratorios; ¿me gusta más bien un trabajo apartado de la gente, o bien un trabajo social?; ¿qué aficiones o vivencias profesionales tengo yo? (y aquí está aquello del vivir un poco la vida de cada profesión en cuanto yo pueda)... etc., etc. Es decir, formarse un retrato del propio «yo», lo mejor posible.

Segundo, *informarse*: Adquirir un panorama exterior, lo más completo y exacto posible. Para ello yo les aconsejaría algo que pude aplicar en Bogotá: una auto-información en equipo. Si uno de ustedes se dedica a informarse acerca de todas las Universidades y de todas las Carreras, tendría que realizar un trabajo inmenso; pero si se reúne un equipo de diez, de veinte, de cincuenta o cien jóvenes, y cada uno de ellos hace, una, dos o tres encuestas a personas de su familia o amistades que ejercen una profesión, y que le contestarán como se contesta al propio hijo o al sobrino, o al amigo de veras, y le dan una serie de datos muy bien pensados sobre esa profesión... Si hay cincuenta, sesenta, o cien que hacen lo mismo; si después éstos se reúnen y forman «Cuadernos de Información» reuniendo por fascículos esas Encuestas, cada uno tiene, en un momento, información mucho más amplia. No de un solo señor que habla de su carrera, sino de muchos; y que hablan con todo el cariño e interés. Yo doy lo mío, el fruto de mi esfuerzo: mis entrevistas. Otros me dan a mí lo suyo: las que ellos hicieron. Sería esto la encarnación de un trabajo en hermandad. Si podemos hacer algo así en «Balmesiana», sería muy interesante.

Tercero, *consultar*: Si hay dudas o problemas especiales en el propio conocimiento, yo puedo consultar a mi profesor, a un médico, a un psicólogo, a un sacerdote, a mi director espiritual... Consultar.

Cuarto, *deliberar*: deliberar es hacer oración y es hacer un esquema de razones, en pro y en contra. Razones que valgan delante de la verdad, es decir, delante de Dios. ¡Razones! El dinero puede ser una razón ¿por qué no? pero subordinado a otras razones; no la máxima.

Y, por último, *decidirse*, y con esto término: Es necesario, como decíamos, además de los Criterios —que hemos recorrido en marcha relámpago—, un ambiente... Este ambiente adecuado ya saben que son los Ejercicios Espirituales, a ser posible en retiro. Si no, un día de retiro por lo menos. Pero han de llevarse muy *bien preparados* esos Ejercicios. No bastan unos Ejercicios sin preparación. Los Ejercicios no dan los datos de las carreras, ni pretenden eso. Pretenden colocar el alma en un ambiente de elección delante de Dios; pero si yo desconozco el mapa de la elección, los Ejercicios no me lo dan. No creamos

que los Ejercicios son la panacea universal. Psicólogos y educadores como por ejemplo el P. Palmés, S. J. insisten en ello.

Bien preparados, lejos de la inquietud, cerca de Dios. Allí yo podré «objetivar mi problema subjetivo». ¿Tengo un problema? Lo pongo en la pared. Ya no me angustio porque no es mío: voy a estudiarlo. Y «en la pared» es ponerlo *en otra persona* que sea exactamente igual que yo. Un compañero que tenga exactamente mis cualidades, mis defectos, tal como yo me conozco... pero *no soy yo*. ¿Qué le aconsejaría yo? (Táctica sintética: todos esos datos, resumirlos en algo vital...). ¿Yo que le aconsejaría, queriéndole hacer el mejor bien? ¿Tal cosa? Pues aplicarme el consejo.

Y después comprobar la sinceridad de ese consejo mediante algunos «reactivos de sinceridad». Hora de sinceridad, la hora de la muerte. Allá... ¿qué carrera me gustará haber elegido? «¡Ser religioso o sacerdote!» ¡No! Si tú no tenías vocación religiosa, en la hora de la muerte no hubieras querido elegir jamás ser religioso o sacerdote. Tú querrás entonces haber elegido ahora *lo verdadero*, lo que delante de Dios te satisface, lo que creías (lo que crees ahora *sinceramente*) que es tu vocación. ¿Qué querrías *haber elegido*? Elegido ahora.

Y en la primera conversación con Jesucristo, en el Juicio Particular, que vendrá después de mi muerte. ¿Qué le diría yo? (segundo «reactivo de sinceridad»). «Francamente... si yo ahora estuviese delante de El yo entablaría una conversación con Jesucristo y le diría, yo he elegido esto porque creía que era lo mejor.... Que era mi vocación». ¡Bien!

O aquella revisión de criterios, pública y solemne, que será el Juicio Final... Imaginarme a mí mismo en el Juicio Final y pensar como aparecerán mis criterios (delante de todos) y mis móviles y mis impulsos... (Otro «reactivo» para comprobar *ahora* mi sinceridad).

22. Si yo hago todo eso, he hecho todo lo que está de mi parte, y Dios me ayudará. Es cierto. Estoy *seguro*. A quien hace lo que está de su parte, aplicando una expresión de San Ignacio «Dios no le faltará con su fidelísima caridad». Nos quiere mucho, *mucho*, Nuestro Señor. Nos quiere mucho la Santísima Virgen, Madre del Buen Consejo, a quien hemos de pedir una y mil veces el Buen Consejo de nuestra Vida.

Y enfocando y viviendo así, con Dios y con amor, el problema de mi vida, sé que El, mi Padre y mi Dios, salvará y orientará definitivamente mi vida, con infinito Amor.

JULIAN IBÁÑEZ GIL, S. J.

Doctor en Pedagogía.